

Jorge Chen Charpentier

La globalización es un concepto utilizado para describir un amplio número de fenómenos sociales, políticos y económicos, ya sea como causa o como resultado, lo que sin un marco ideológico o analítico, puede llevar a la pérdida del significado y a confundir el objetivo para el cual se emplea. Puede ser útil recordar dos elementos básicos que lo conforman y de los cuales ha dependido su uso en los años recientes: la evolución de las relaciones internacionales en todos sus aspectos, con una perspectiva global; y cómo se conforman o condicionan los modelos de desarrollo nacional.

El frecuente uso del término globalización durante las últimas décadas puede llevar a pensar que se trata de acciones relativamente nuevas que reflejan un cierto nivel de modernidad. No obstante, hay que subrayar que no se trata de algo reciente, ya que su origen está en el fin del siglo XV, cuando los descubrimientos geográficos y el establecimiento de nuevas rutas comerciales forjaron por primera vez un sistema mercantil mundial en el cual, con diferente grado, participaban todas las regiones del planeta. A partir de ese momento, el nivel de integración ha variado conforme los intereses y las iniciativas de las principales naciones centrales. La globalización es por tanto un fenómeno estrechamente vinculado con los cambios que han operado mundialmente durante más de medio milenio, y que ha tenido repercusiones directas en la formación de las sociedades nacionales.

América Latina y el Caribe se incorporaron a la globalización al tiempo que definían modelos de producción directamente vinculados a los intercambios comerciales externos. De esta forma, la conquista de nuestra región creó una función de contribuyente en materias primas y minerales y receptora de bienes elaborados, lo anterior significó que, simultáneamente al inicio de su participación en un esquema mercantil y capitalista, se instauraran modelos de desarrollo acordes con este esquema.

Lo anterior contrasta con la manera en que participaban otras naciones cuando comenzaron a formar parte del sistema comercial global, pero cuya organización social y económica propias no variaron; por el contrario, se aislaron y declararon puertos específicos para los contactos con los extranjeros y decretaron prohibiciones expresas a los movimientos humanos y la transferencia técnica fuera de los canales preestablecidos.

Si bien es cierto, que la globalización y el sistema de relaciones internacionales coexisten en el espacio y en el tiempo y comparten algunos elementos, no se trata del mismo fenómeno, con diferentes nombres, sino de realidades distintas. En el caso del sistema internacional, los responsables principales siguen siendo los Estados, aunque también participan actores no estatales, como organismos multilaterales y organizaciones no gubernamentales; su principal motivación es el manejo del poder y su referencia básica es la ideología entendida como una interpretación meta-realista, que lleva a imponer cierta uniformidad conceptual.

El proceso de globalización está basado en la integración de formas de producción, innovación y comercialización similares, con fundamento en la ganancia y la acumulación. Su expresión más simbólica es la creación de patrones de consumo semejantes, lo que para unos es realidad y para otros motivo de frustración.

Para la mayor parte de los participantes, el resultado de la globalización no es la igualdad cultural y social, ya que no existe una ideología rectora única. En algunos casos, se reproducen ciertos patrones de consumo y expresiones físicas, visibles y superficiales, que son resultado del impacto de los medios de comunicación masiva, pero que tienen un efecto transitorio, tales como: diversas formas de baile, de música, de productos alimenticios y concepciones estéticas que han sido transmitidas entre regiones desde hace varios siglos, lo que no ha implicado el fin de la pluralidad cultural; por el contrario, se observa que mientras más fuerte es el impacto mediático, en esa medida se renueva el interés por las expresiones culturales autóctonas. Se puede afirmar que algunos aspectos de nacionalismo en la vida cotidiana de los países en desarrollo, se han acentuado, como una reafirmación ante modelos provenientes de los centros económicos. Se refuerza lo particular para poder participar en lo global.

América Latina y el Caribe no están condenados fatalmente a las crisis internas, pero tampoco pueden esperar que los cambios que requieren surjan espontáneamente de un mayor intercambio con el exterior

La globalización no se puede considerar como el producto de una conspiración tendiente a lograr el dominio absoluto en lo económico y comercial, sino como un modelo de organización productiva así como de acumulación y movimiento financiero, en el cual algunas zonas, regiones o países desempeñan una función decisiva en detrimento de otras que han sido subordinadas, cuyas decisiones y acciones tienen un impacto marginal.

La participación de América Latina y el Caribe en la globalización ha sido en forma dependiente y subordinada. Las acciones emprendidas durante quinientos años sólo han sido parciales. Al concluir la conquista y sufrir la peor tragedia demográfica en la historia continental, resultado de enfermedades importadas, se establecieron diversas formas de organización social definidas por las necesidades y requerimientos de los países centrales, que controlaban simultáneamente el comercio y la producción, así como la difusión del avance técnico y científico.

En la época colonial se exportaron materias primas y minerales que eran requeridos por la industria europea o bien para financiar conflictos en el ámbito del equilibrio de poder europeo. También se crearon canales comerciales y barreras proteccionistas para evitar relaciones con otras naciones que pudieran alterar las tareas que se les habían asignado, lo que subordinó cualquier interés de las colonias a las concepciones de los países centrales. Acciones que no favorecieron avances tecnológicos que beneficiaran a los habitantes o a la industria local, pero que sí incitaron frecuentemente a la búsqueda de la mayor autonomía e incluso a la independencia política.

La organización de la producción en la periferia desembocó en modelos de desarrollo que, en el mejor de los casos, privilegiaban a pequeños grupos de habitantes de la región. Las decisiones de las clases dirigentes determinaban, dentro de los límites que se imponían desde el exterior, el tipo y la ubicación de las inversiones. La producción de ciertos bienes e insumos alimenticios se limitaba únicamente a aquellas actividades imposibles de importar, sea porque se trataba de productos y mercancías consumidas por los sectores pobres, aunque mayoritarios, o porque era incosteable su traslado desde largas distancias. La clase dominante —cuya tarea principal era reproducir esquemas y formas de comportamiento social— cumplía con sus responsabilidades en coordinación con los sectores exportadores, por lo que fue incapaz de crear mecanismos propios de acumulación más allá del mero acaparamiento semi-productivo de tierras y del comercio secundario.

La ausencia de un capitalismo autónomo en América Latina y el desarrollo industrial y técnico en Europa occidental y en América del Norte, propiciaron la presencia de potencias económicas diversas en la época

Fomentar el comercio Sur-Sur equivaldría a fortalecer el aspecto más débil en el contexto actual de la globalización

post-colonial. Al mismo tiempo, las ventajas que hubieran podido ser aprovechadas para crear productos autóctonos en Latinoamérica, enfrentaron reiteradamente barreras proteccionistas en el exterior y, debido a que los mercados locales no tenían la dimensión suficiente en población o en capacidad económica, hicieron imposible garantizar el desarrollo y sobrevivencia de industrias locales. Las diferencias técnicas y estéticas de los bienes latinoamericanos contrastaban negativamente con aquellas importaciones cuyo volumen aumentó en la medida en que evolucionó la demanda interna.

El valor agregado entre exportaciones e importaciones era relativamente bajo, pero ya para los siglos XIX y XX la diferencia era muy importante. Aunado a lo anterior, y conforme otras zonas del planeta aumentaron su productividad y variaron su producción, se observó un marcado detrimento en los términos del intercambio. Las exportaciones tenían que aumentar en volumen y valor para poder compensar los precios de productos cada vez más sofisticados y onerosos, lo que acentuó el deterioro de las balanzas comerciales y la contratación de deuda externa.

Los ciclos económicos globales y los conflictos bélicos mundiales obligaron a los países de América Latina a configurar una industria sustitutiva de artículos inaccesibles, ya fuera por escasez o por costo. Pero estos productos, en ocasiones dependientes del avance tecnológico insuficiente, eran obsoletos e incapaces de satisfacer la demanda, a lo que habría que añadir la necesidad de patentes y partes importadas.

La creación de bloques comerciales en América Latina durante la segunda mitad del siglo XX no logró el dinamismo suficiente para alcanzar la especialización nacional o regional y crear las economías de escala requeridas para sufragar la investigación y la innovación alternativa que le permitiera crear bienes y servicios que fueran competitivos en el mercado internacional.

El deseo de generar una industria nacional, a pesar de las grandes diferencias en el costo de la mano de obra, no logró disminuir, en lo general, la dependencia del exterior. Esto no fue únicamente resultado de la necesidad de componentes y conocimientos de las empresas foráneas, también contribuyó la falta de redes de distribución y comercialización para que los productos llegaran a los consumidores. No obstante, si existen compañías

nacionales altamente rentables, una parte significativa de ellas han sido estatales, en las áreas de energía y minerales, y otras de propiedad privada que satisfacen a grandes sectores de los mercados internos en bienes de consumo.

En las últimas décadas, también se observa un movimiento de industrias sofisticadas que ha favorecido que a la producción de bienes básicos en América Latina y el Caribe se añadan otros de consumo duradero e incluso de alta tecnología. Esta transferencia no sólo obedece a la disponibilidad de mano de obra, sino también a los requerimientos de los países centrales.

Algunas causas de este fenómeno corresponden al medio ambiente y la contaminación, riesgos laborales, manejo de materiales peligrosos y falta de incentivos financieros para la fabricación en la casa matriz. Todo ello se realiza en el marco de la subcontratación, búsqueda de proveedores en el exterior o en la implantación de filiales; no necesariamente —aun si esto fuera posible— en la creación de plantas integradas. Estas decisiones pueden tener un carácter coyuntural y responder a costos, legislación aplicable, cercanía a mercados y obsolescencia planificada, pero entre los países dependientes han propiciado una competencia, no siempre leal, para tratar de incorporarse al esquema de la globalización con mayores ventajas relativas.

Es más atinado referirnos a que, en el proceso de globalización, participan ciertas zonas de los países en donde se encuentra localizada la industria internacionalizada; mientras unas áreas funcionan conforme al contexto globalizado, otras se están distanciando y rezagando con respecto al promedio del país. A la dualidad que ha existido en América Latina y el Caribe con respecto al proyecto nacional, en lo étnico, entre el campo y la ciudad, entre la costa y la montaña, por mencionar sólo algunos ejemplos, ahora hay que añadir la existente entre las regiones que participan en la globalización y las excluidas. Este fenómeno aumenta las tensiones políticas y sociales que ya existen en varios países del continente. El manejo adecuado de la dicotomía entre segmentos de la población incorporados o semi-incorporados a esquemas de producción global y aquellos excluidos será en los próximos años clave para conservar la paz social y la estabilidad. Acciones que requerirán de la iniciativa efectiva del Estado, que tendrá bajo su responsabilidad evaluar la inserción nacional, instrumentar mecanismos de justicia y equidad social y coadyuvar en la creación de un modelo de desarrollo que sea incluyente y por lo tanto diferente al que se originó en la época colonial.

América Latina y el Caribe no están condenados fatalmente a las crisis internas, pero tampoco pueden esperar que los cambios que requieren surjan

espontáneamente de un mayor intercambio con el exterior. En la época colonial y post-independiente no fue posible reorientar la inversión en nuestros países y transformar la participación en los flujos globales.

Recientemente, se ha promovido la uniformidad de los procesos políticos y económicos y también se ha alentado la aplicación de medidas internas como la reducción del déficit, la reorientación de los gastos, la disminución de la deuda, la apertura de fronteras, el redimensionamiento del Estado y la adopción de instituciones democráticas, por sólo mencionar algunas, como mecanismos para mejorar los niveles de bienestar y avanzar en la lucha contra la pobreza y la inequidad, en suma, para la construcción de esquemas sociales más prósperos e igualitarios.

Lo anterior puede ser verdadero si el análisis se lleva a cabo desde una perspectiva general, pero en muchos países los resultados son parcialmente ciertos y los objetivos no se cumplen como es deseable.

La reducción de la acción de los Estados ha tenido diversas interpretaciones. “Adelgazar” al Estado significó una forma para disminuir la participación gubernamental en la producción de bienes y servicios, sin tomar en cuenta los rendimientos. Actualmente se busca que los gobiernos cuenten con mayores recursos fiscales que puedan ser canalizados hacia programas de lucha contra la pobreza y la desigualdad, la creación de proyectos educativos y de vivienda, pero también en ciertas áreas de infraestructura y de regulación. Se espera que sean los gobiernos nacionales los que aminoren los impactos más negativos que ha tenido el proceso de globalización en los países del sur: la concentración de la riqueza y el aumento de la pobreza.

Si bien es cierto que la participación en el comercio mundial debería tener como resultado la generación de ingresos y el impulso del desarrollo, es éste uno de los puntos en el cual las naciones menos avanzadas enfrentan retos considerables. La Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas considera que la evolución del comercio internacional y los problemas socioeconómicos de la región, aunados a la volatilidad de los mercados financieros, ha conformado un cuadro poco favorable para el crecimiento de los niveles de bienestar.

La desaceleración de la economía mundial fue uno de los factores determinantes para que América Latina disminuyera su participación en el comercio mundial, y su capacidad de acción al respecto es casi nula. De acuerdo con el Banco Mundial, América Latina y el Caribe exportan más del cincuenta por ciento del valor de sus productos en materias primas, incluyendo minerales y petróleo. Los obstáculos que estos productos enfrentan es el proteccionismo abierto o disfrazado y los subsidios de

Solamente mediante la promoción de rubros autónomos se podrá pensar en la sustitución de modelos de desarrollo que lleven a una mejor inserción en el proceso de globalización

los países de alto ingreso, cuyos excedentes, además de competir en el mercado mundial con algunas de las exportaciones de la región, deprimen los precios y por ende, afectan negativamente los términos del intercambio entre el norte y el sur.

En el año 2002, los precios medios de los principales productos básicos de exportación de la región acusaron un descenso generalizado; en América Latina y el Caribe los precios promedio de intercambio en el 2001 fueron inferiores a los de 1995 y para algunos países incluso menores a los niveles de 1993.

La búsqueda de nuevos mercados no puede ignorar los intercambios Sur-Sur. No obstante que es la competencia, más que la complementariedad, la característica fundamental del comercio entre los países en desarrollo, sería un error pasar por alto su potencial. El intercambio entre economías del Sur requiere, además de la creación institucional adecuada, el reconocimiento de las asimetrías y el trato diferenciado. En la medida en que esto sea aplicado en el Sur, más fácil será demandarlo a los países de alto ingreso. Fomentar el comercio Sur-Sur equivaldría a fortalecer el aspecto más débil en el contexto actual de la globalización.

Los productos industrializados latinoamericanos tienen que lograr la sofisticación técnica y el reconocimiento de marca necesarios para satisfacer la demanda de los consumidores de bienes específicos.

La reinserción de los países del Sur, en lo individual o colectivamente, tiene que ser promovida enfáticamente por los gobiernos, en su calidad de actores con capacidad para movilizar los recursos necesarios para satisfacer los requerimientos nacionales. No se propone reforzar al Estado para que se convierta en el centro de toda actividad y sustituya la capacidad e iniciativa individuales, la inversión privada —nacional o extranjera— o propicie la falta de eficiencia en el uso de los recursos. Lo que sí debe cumplir el Estado es un papel de coordinación y estímulo, de propuesta y de coordinación en el uso de bienes y servicios escasos.

Es necesario replantear la forma de conseguir mayor legitimidad de los gobernantes para que tengan la capacidad de adoptar medidas para una mejor distribución del ingreso, más recursos públicos, eficiencia administrativa, eliminar el analfabetismo, crear cuadros técnicos y científicos, todo ello como prerrequisito para poder encauzar la capacidad productiva hacia sectores específicos donde es posible alcanzar una mayor autonomía nacional.

No se trata de competir contra procesos mundiales. Lo que se debe buscar es aprovechar aquellos rubros donde se puedan crear tecnologías autónomas y propias. Estos rubros específicos con capacidad de crecimiento tienen que ser en

áreas no fácilmente desplazables por los grandes centros tecnológicos, pero que tampoco puedan ser sustituibles por artículos similares producidos en países de reciente industrialización, con un muy bajo costo de mano de obra. Cualquier iniciativa que no considere lo anterior sería en el mejor de los casos temporal, y en el peor, un desperdicio de recursos con implicaciones negativas en los esfuerzos nacionales de bienestar, que provocaría crisis internas.

Nuestros países y sus clases dirigentes tienen que considerar el fomento de cadenas productivas en campos determinados, desde la creación del conocimiento hasta la promoción de una demanda en los países consumidores. Solamente mediante la promoción de rubros autónomos se podrá pensar en la sustitución de modelos de desarrollo que lleven a una mejor inserción en el proceso de globalización.

Estas transformaciones finalmente tendrían un impacto en la división del trabajo, pero para lograrlo se requiere la creación de consensos nacionales. La democracia es una base necesaria, pero debe complementarse con el diálogo entre los factores de la producción y la existencia de un gobierno capaz de establecer los mecanismos de compensación hacia grupos que no se vean favorecidos por estas acciones.

El gobierno de un país en desarrollo que busque un verdadero proyecto de modernización debe estar dispuesto a actuar y transformarse para propiciar una mejor participación en el proceso de globalización. Simultáneamente, debe promover activamente la creación de normas de derecho internacional que faciliten su inserción a nivel global.

La pluralidad en los modelos de desarrollo, de acuerdo con los recursos y la organización de cada nación, es requisito indispensable para que la globalización sea una oportunidad de desarrollo compartido para los habitantes de los países del Tercer Mundo. ■

Jorge Chen Charpentier. Mexicano, egresado de la Licenciatura en Relaciones Internacionales del Colegio de México, con estudios de Doctorado en Sociología del Trabajo en París. Ha sido Director General del Acervo Histórico Diplomático, Embajador de México ante el Gobierno de Hungría, concurrente ante Bulgaria y Croacia y Embajador Alterno ante el Reino de Bélgica, el Ducado de Luxemburgo y las Instituciones Europeas. Ha sido profesor en la Universidad de las Américas, en el Instituto Tecnológico Autónomo de México y en la UNAM. Tiene publicados diversos artículos en México y en el extranjero sobre temas de política exterior y seguridad nacional. Actualmente, es Embajador de México ante la Organización de Estados Americanos.